
CUARTA PARTE.

EL HIJO DEL CONDE.

I.

La dama misteriosa.

GOBERNABA aún el marqués de Mancera en la Nueva-España, en 1669, y aquel gobierno era notable por su prudencia. La colonia estaba tranquila, y solo turbado el reposo de sus moradores por las noticias que día á día llegaban de los robos y crueldades de los piratas.

Los navíos de guerra españoles eran ya impotentes para garantizar al comercio de las Américas el envío de mercancías ó caudales, y llegaba ya la audacia de los piratas hasta vender en el mismo puerto de Vera-Cruz las mercancías.

Sucedía muchas veces que llegaban navíos de aquellos hombres, mandados por capitanes que no habian sido conocidos en los combates con los españoles, y aunque al navío

se le ponian guardias, se permitia el comercio de los efectos que traian.

En la capital de Nueva-España el renombre que tenian los piratas de audaces y de crueles, superaba los límites de todo lo posible. Muchas familias de las costas habian llegado á refugiarse á México para vivir con mas tranquilidad, y ellas traian leyendas fabulosas del valor de aquellos hombres, á los que se les suponía aun una figura distinta de los demás hombres.

Entre las personas que habian llegado á la ciudad, se contaba á Don Diego de Alvarez, el Indiano, que segun se sabia, con una hija suya muy pequeña habia logrado escapar en Portobelo de las matanzas de los piratas.

Don Diego habia perdido allí á su esposa Doña Marina, muerta, segun él decia, por uno de aquellos hombres que habia pretendido burlarse de ella.

El Indiano no era ya aquel jóven apuesto, galanteador, audaz y que gustaba de ostentar su opulencia, como en otro tiempo; estaba triste, taciturno, vivia con poco lujo y no visitaba sino al virey, que era su padrino de matrimonio, y al arzobispo de México, con quien cultivaba grande amistad.

Las jóvenes que habian conocido en otro tiempo á Don Diego, extrañaban su conducta, y aun algunas procuraban atraerle otra vez á la sociedad; pero todo fué en vano, porque Don Diego era ya casi un misántropo.

Sin embargo, hubieran podido observar que el Indiano, además de las visitas del virey y del arzobispo, solia algunas noches entrar á una casa que estaba cerca del monasterio de Jesus María, y en la que habitaba una dama misteriosa que causaba la curiosidad de los vecinos de la calle, sin que jamás hubieran podido averiguar quién era ella.

Los balcones y las ventanas de la casa que habitaba aque-

lla dama, no se habian abierto jamás; la puerta que daba á la calle estaba constantemente cerrada, y si se abria era para dar paso á una esclava negra y vieja que jamás cruzaba una palabra con nadie.

La casa estaba precisamente enfrente de la iglesia de Jesus María, y los vecinos madrugadores lo único que pudieron notar fué que casi al amanecer salia de la casa una dama cubierta con un espeso velo negro, que atravesaba la calle, entraba á la iglesia, oia la primera misa, y volvia despues á encerrarse hasta el dia siguiente á la misma hora.

Aquellos misterios impenetrables desesperaban á los vecinos, y no perdonaban medio de averiguar algo: un dia la puerta estaba entre abierta, y un muchacho se atrevió á entrar; pero á poco salió espantado, diciendo que parecia una casa abandonada.

Ninguna visita llegaba allí durante el dia, y solo algunas noches, que siempre eran las de los viernes, un bulto negro llegaba á la puerta á las once en punto, y sin que tocara le abrian, y nadie le veia salir, de lo que inferian todos, como era muy natural, que aquel bulto negro era una alma que andaba en penas, y creció el terror que inspiraba aquella misteriosa morada, y al pasar delante de ella se santiguaban las devotas.

Era un viernes en la noche; las once comenzaban á sonar, cuando por el rumbo de la plaza mayor desembocó en la calle de Jesus María un hombre embozado en una capa negra, cubierto con un sombrero negro tambien, sin pluma ni toquilla.

Aquel hombre caminaba lentamente y llegó hasta la puerta de la casa de la dama misteriosa antes que acabaran de sonar las campanadas de las once.

La puerta se abrió dando paso al hombre y volvió á cer-

rarse inmediatamente; una esclava con un candil alumbraba en el interior, y condujo al hombre por una estrecha escalera hasta una estancia modestamente amueblada y alumbrada por dos bujías de cera.

Una dama esperaba allí la visita de aquel hombre; era joven y hermosa, y su traje tenia mas de provocativo que de honesto.

La esclava dejó hasta la puerta al nocturno visitador y se retiró.

—Dios os guarde, señora—dijo el hombre.

—Él os traiga en hora feliz, Don Diego—contestó la dama con una sonrisa encantadora.

Don Diego, pues era el Indiano aquel hombre, puso su sombrero en un sitio y se sentó taciturno en otro.

La dama le contempló largo tiempo en silencio, y luego acercándose á él, le tomó una mano y le dijo estrechándola contra su seno:

—Siempre tan triste, señor, siempre tan triste.....

—¿Qué quereis, Doña Ana? Hay en el fondo de mi vida un recuerdo tan doloroso y tan sombrío, que me es imposible arrancarle de mi corazón.

—¿Y nada será capaz de devolveros la felicidad?

—¡Ay! creo que nada.

—¿Ni el corazón de una mujer que os amase hasta el delirio?

El Indiano volvió el rostro y miró con tristeza á Doña Ana, y ella bajó los ojos y se puso encendida.

—Doña Ana—dijo lánguidamente el Indiano—¿creeis que un corazón despedazado por el dolor como el mio, sea capaz de amar?

—Es quizá, señor, el único remedio que os queda para

curar esa herida mortal; es el único bálsamo para vuestro intenso dolor.

—Doña Ana, vos me habeis dicho eso varias veces; comprendo que eso que me decís equivale á una confesion de vuestro amor; quizá seria yo capaz de amaros; pero el recuerdo de Marina se interpone entre nosotros, y ese amor no se atreve ni aun á nacer..... Quizá aun vive Marina.....

—Viva ó muerta, no existe para vos: si ha tenido un corazón digno, debe haber muerto antes que sucumbir á los amores de los piratas; si ha consentido por temor en ser la querida de uno de esos hombres, ¿no está muerta para vos? ¿no preferiríais verla mejor en el sepulcro, que presentarse otra vez delante de vos manchada por las caricias de Morgan, ó de Don Enrique, ó.....

—Silencio, Doña Ana—exclamó el Indiano—silencio; no hableis de eso; para todos, para todos, Doña Marina ha dejado de existir, porque yo no soportaria la vida si el mundo supiera que mi mujer es ahora la querida de un pirata.

—Teneis razón, Don Diego; este debe ser un secreto impenetrable que solo debemos conocer los dos; pero entre nosotros podemos hablar de él, porque eso es hablar de vuestra suerte, de la mia, de vuestros dolores y de mis esperanzas.

—¿Pero no comprendéis que hablando de él se avivan mis dolores, y quizá se alejan esas que vos llamais vuestras esperanzas?

—No, Don Diego, porque así os acostumbrareis á ver en mí la mujer que os ama, que comprende vuestro corazón, y así llegareis á amarme como yo lo deseo, porque yo he llegado á amaros: ó decidme, ¿creeis que no soy bastante hermosa para fijar vuestras miradas?

Y Doña Ana, con disimulo, procuró mostrar parte de sus hombros y turgente cuello al Indiano.

Don Diego la miró embelesado; aquellas formas, aquella hermosura, aquel aire dulce y provocativo, y aquellos ojos ardientes y húmedos por la ilusion, y aquellos labios entreabiertos dejando ver dos hileras de dientes de marfil y adivinar unas encías nacaradas y frescas, hubieran hecho vacilar la virtud de un hombre menos jóven y menos fogoso que el Indiano.

—Doña Ana—contestó conmovido y pasando uno de sus brazos al derredor del cuello de la jóven—no solo me pareceis hermosa, sino encantadora, ya os lo he dicho otra vez; al veros se enciende mi sangre, y mis ojos me piden miradas de ternura para vuestras miradas, y mis brazos quieren estrechar vuestro seno, y mi boca ansía un beso para vuestra boca.

—¿Pues por qué vuestros ojos no responden á mis miradas, por qué no siento vuestro abrazo, por qué vuestro beso no viene á mis labios á recibir el mio? ¿son acaso de mármol? ¿me engañais al referirme lo que sentís? ¿lo que no acobarda á una infeliz mujer, puede hacer retroceder á un hombre como vos, Don Diego? Os amo, soy vuestra; ¿por qué tanto desvío?

—Doña Ana, no puedo resistir, y voy á abriros mi corazón, voy á deciros lo que siento, voy delante de vos como delante de Dios, á mostrar mi alma sin doblez y sin engaño; si en esta relacion escuchais algo que os disguste, perdonadme, Doña Ana, porque vos me obligais, porque sois el ángel tentador á cuyos halagos no me es posible resistir.

—Hablad, señor, hablad; abridme vuestro pecho; esto os servirá de consuelo.

Y Doña Ana se acercó á Don Diego, y su rostro estaba tan cerca del rostro del Indiano, que su aliento se confundía con el suyo. Uno de los brazos del jóven rodeaba el cuello de la dama, y ella tenia la otra mano de Don Diego entre las suyas y la estrechaba con entusiasmo.

Doña Ana en aquel momento estaba irresistible; su pecho se levantaba como agitado por la fatiga, y sus grandes y negros ojos clavados en los del Indiano, lo fascinaban como la mirada de la serpiente fascina al colibrí.

—Doña Ana—dijo con pasion el Indiano—os amé al conoceros, con todas las fuerzas de mi alma, vos lo sabeis; por eso odié á Don Enrique, porque me arrebató vuestro amor; por eso fuí su mortal enemigo. Cuando Don Cristóbal de Estrada os robó, no ansié ni veros, por temor de que esa vista me fuera fatal, por temor de que una sola palabra de vuestros labios me hiciera caer á vuestros piés, ó morir de desesperacion; yo no sabia qué clase de relaciones os unian con mi rival, yo no sabia si le amábais de veras, ó si era solo un capricho y el deseo de un buen matrimonio lo que os hacia preferirle á mí; y en un momento de despecho y por un movimiento de mi orgullo herido, y por no hacer testigo á Don Cristóbal ó de mi debilidad ó de mi vergüenza, no quise veros, Doña Ana, y renuncié hasta lá esperanza de vuestro amor: ¿comprendeis esto, señora, lo comprendeis?

—Sí, señor, lo comprendo; seguid, seguid.

—Podria haberos pedido en matrimonio; pero, señora, yo amaba á Marina, y tenia empeñada con ella mi palabra; quizá vos no alcanzareis cómo se puede amar á dos mujeres á un mismo tiempo, quizá no os lo podré explicar, pero era ello la verdad; amaba yo á Marina y os amaba tambien á vos; pero ¿qué amores tan diferentes, y al mismo tiempo

tan profundos! Amaba á Marina con un amor dulce, tranquilo, exento de temores y de padecimientos, con un amor como la corriente de un arroyo entre las flores del valle, como la superficie de un lago entre las juncias y las cañas cimbradoras; á vos, señora, os amé con delirio, con pasión, con frenesí, con un amor tempestuoso, con un amor de fuego, con un amor comparable al torrente que se despeña furioso entre las quiebras de las montañas, semejante al encespado mar que estrella sus olas hirvientes contra las rocas; á vuestro lado creía amaros mas á vos, y al lado de Marina vuestro recuerdo desaparecía enteramente; pero cuando estaba solo, cuando la imágen de Marina y la vuestra venían á mi alma, cuando estos dos amores que el infierno habia reunido en mi corazón para mi tormento, llegaban á luchar en mi seno, ¡oh, Doña Ana! entonces yo mismo no podré explicaros lo que sentía; la idea de perder á alguna de esas mujeres me hacia estremecer, y la convicción de que era preciso unirme á una de las dos y olvidar á la otra, me desesperaba. La suerte vino á desatar ese nudo; fuisteis de Don Cristóbal de Estrada, y yo me enlacé con Marina: la lucha de mi alma cesó, pero un dolor lento y tenaz destrozaba mi corazón; os soñaba en los brazos de otro hombre, os creía feliz, y esta felicidad me hacia mal, porque creía que me habríais olvidado: si yo hubiera sabido que érais desgraciada, mi pena hubiera sido tambien menor, porque quizá así pensaríais en mí; pero vos en brazos de otro hombre!..... En fin, ya veis en qué ha parado todo. ¿Comprendéis, Doña Ana, comprendéis?

—¡Oh, sí, Don Diego!—exclamó Doña Ana con una sonrisa de felicidad—comprendo, porque mi corazón ha sentido tambien esa lucha; os amaba yo, y por orgullo, por amor propio, por rendir á mis piés á un hombre que se ha-

bia mostrado siempre desdeñoso conmigo, correspondí al amor de Don Enrique; mi madre alentó esta elección, porque ansiaba por un brillante matrimonio para su hija; la audacia de Don Cristóbal de Estrada se opuso á este proyecto, y yo, abandonada ya por vos y sin la esperanza de ser la esposa de Don Enrique, que no me hubiera nunca admitido por su mujer despues de lo que habia pasado con Don Cristóbal, consentí en ser la dama de aquel hombre, á quien seguí á lejanas tierras, viviendo en la apariencia tranquila, pero con el corazón triste, devorado por recuerdos penosos, morando cerca de vos, que causábais en mi alma tantas ilusiones, pero sin veros; vuestra imágen me seguía, y yo tenía que mostrar alegría y que fingirme feliz..... Volví á ver á Don Enrique; por un momento se inflamó de nuevo mi amor; pero bien pronto su desvío tornó en odio aquella ilusión de un momento, y aquel hombre me pareció aborrecible..... os encontré, vivimos bajo un mismo techo, viajamos unidos, y..... os amo, os amo ahora mas que nunca, porque en esas terribles peripecias de mi vida no habia llegado aún á amar á nadie, porque yo sentía que era capaz de amar, y no habia amado nunca, porque mi corazón necesita fijarse en un objeto, y se ha fijado en vos, señor, en vos, á quien amo, como vos me habeis dicho, con pasión, con delirio, con frenesí.....

—Doña Ana, el recuerdo de Marina se interpone entre nosotros.....

—Don Diego, nada se interpone entre nosotros, porque hay amores que no consienten obstáculos: Marina no existe para vos; ó la deshonra ó la muerte, la han separado para siempre de vuestro camino, no existe; no, no hay para vos ni para mí nada mas que nuestro amor.....

—Sí, nuestro amor, Doña Ana; pero el día que este amor

se descubra, ¿estaré tranquilo si el mundo dice que habeis sido la querida de Don Cristóbal de Estrada?

—No, nadie lo dirá, porque nadie lo sabe, porque yo sostendré que por vos fuí robada de la casa de mi madre, que consentí en ser vuestra dama, aunque érais el esposo de Doña Marina.....

—¿Direis eso?—exclamó Don Diego.

—Sí, por vos todo; la deshonra, todo, todo por vos, porque os amo; sea yo vuestra, Don Diego, y caiga sobre mí la cólera del cielo, porque os adoro.

Y en su entusiasmo acercó su rostro al del Indiano y depositó en sus labios un beso que hizo estremecer al jóven hasta lo íntimo de su corazón.

—¡Doña Ana!—exclamó Don Diego levantándose como loco—aun no es tiempo!

Y sin esperar mas, salió precipitadamente de la estancia.

—¡Don Diego! ¡Don Diego!—gimió la jóven, mirando que el Indiano no volvía; inclinó la cabeza y sus lágrimas cayeron sobre su desnudo seno.

II.

Entre antiguos conocidos.

EL viejo conde de Torre-Leal habia muerto, dejando dispuesto en su testamento que se conservase por algunos años el título y la herencia de la familia á su hijo mayor Don Enrique, acerca de cuya suerte nada se sabia; y en el caso de que este no volviese á parecer, entrase al dominio de aquellos bienes y al goce del título, su hijo menor habido en su matrimonio con Doña Guadalupe, la hermana de Don Justo. Entretanto, Doña Guadalupe tenia la administracion del condado, y su hermano Don Justo habia logrado el objeto de todas sus ansias.

Por este tiempo llegó á radicarse en México una familia rica procedente de la isla Española, que se componia de Don Pedro Juan de Borica, su esposa la señora Magdalena, y Julia.

La belleza de Julia, á quien llamaban la «francesita,» habia trastornado los cerebros de los jóvenes mas distinguidos